

Chillán, Chillán el pueblo de la noche se-
[rena
dilatada y sencilla como una floresta.

En tus jardines como cansados ruiseño-
[res
están tus estudiantes estudiando tus flores.

Chillán, abril celeste y otra cosa celeste
voy a pasar la vida recordándote siempre.

De ti nació la fina raigambre de la hoja
y el hocico sangriento de la ruda paloma.

Que se levante entonces como una bestia
[el día
que aquí toda una llama que aquí nada ce-
[niza.

Que se levante el fuego como un caballo
[de oro
que aquí no pasa nada que puramente to-
[do.

Tomás Lago: *Ocho nuevos poetas chilenos*. Edición
de la Univ. de Chile. Santiago, 1939, págs. 43-45.

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

La procesión de San Pedro y bendición del mar en Talcahuano (1899)

EN LAS CALLES

¡Junio! Mes de las aguas, mes de las brisas,
mes en que hacen los pavos su testamento
y en que las rubias ostras —monjas clari-
[sas—
rompen la celda nácar de su convento;
mes que en vuelve en corrientes y caman-
[chacas

las solitarias islas del mar amargo,
y en que el pasto verde sobra a las vacas
también está la muerte de mantel largo.
Hoy es tu último día: lo dice el tono
de las campanas ebrias y el grito humano
con que sale a la pesca con su Patrono
todo lo que hay de lobos en Talcahuano.
La mar está de gala: por hoy el viento
se ha metido en los mares, galantemente,
y en los muelles y ranflas, que es un con-
[tento,

como furel varado brilla la gente.
Hierva la mar, de barcas. Las velas curvas
juegan al sol, llevadas a la bolina,
y mientras llega el Santo pifian las turbas
a un bergantín que cruza la Quiriquina.
¡Qué frescura de tarde! ¡qué algarabía!
¡qué ladridos de perros y hablar de grin-
[gos!

si parece que uniera este solo día
toda la transparencia de diez domingos. . .
Trajes negros, azules, blancos y rojos
bordan las serranías que el golfo lame,
y no hay techos, ni grúas ni cabos flojos
donde la gente de aguas no se encarama.
Y la campana suena que ya es locura,

y estallan voladores, que viene el Viejo,
y de pronto la gente ve al señor Cura
que sale abriendo cancha por un callejo. . .
Crece la grita entonces, se oyen los sones
de la charanga, ondea la masa humana
y es un mover pañuelos en los balcones
que parece un incendio cada ventana.
Trae el olor a incienso la ventolina
y en seguida, entre coros de canto llano,
con la Cruz aparecen tras de una esquina
dos rojos monaguillos y un cura anciano.
Lento como un navío, cantando a secas,
sigue después un chantre cubierto de oro,
lanzando agua bendita con grandes mue-
[cas,
para salud del suelo, que aún está moro. . .
Y en seguida la gente, ya sin aliento,
ve aparecer con paso que desazona,
junto al morado Obispo, que va muy len-
[to,

el coro de Canonjes de la Pencona.
Solemnes, revestidos, con antiparras
y dando miraditas, a los balcones
van cantando el breviario con voces cha-
[rras,
entre nubes de incienso y aclamaciones. . .
Pero el Santo no sale. . . “¿qué le ha pa-
[sao?”

—grita la turbamulta— y opina un viejo:
“Es que fuma Ño Peiro y habrá bajao
pa comprar un cigarro, que el viaje es
[lejo”. . .
Chilla una vieja entonces: “¡Perro judío,
límpiase esos hocicos como Dios manda!
¿no vís que no son brutos el hijo mío

ni los hombres de carne que traen l'anda?"
Y antes que ella concluya, la turba estalla
en una apoteosis de chivateos. . .
Es que el señor San Pedro sale a la playa
entre lluvias de flores y balanceos.
Y al son de la campana que allá repica,
corre el clamor en olas por la ribera,
desde los muelles viejos a Villarrica,
llenando con sus ecos la tierra entera.
Y suena un cañonazo y otro responde,
y con el himno patrio que ya despunta,
mil tiros disparados, quién sabe dónde,
todas las cabelleras ponen de punta.

* * *

Sobre unas andas de oro San Pedro viene
entre cuatro banderas con flecos de oro. . .
¡Feliz la Cofradía que lo sostiene
sobre sus musculosos hombros de toro!
Su pesca será doble desde mañana,
las aguas que la ahoguen serán benditas;
¡con qué mirar que enciende la sangre
[humana
les clavan sus ojazos las mujercitas! . . .
No ha envejecido el Santo. Como un mo-
[zuelo

lleva rosado el rostro y alegre el talle,
pero en su testa calva se copia el cielo
como en las aguas lluvias que hay en la
[calle.

¡Cata! La barba negra, crespa y lozana,
va diciéndole a gritos al más pacato:
"Barba con tantos años, sin una cana,
claro es que usa por peines *manos de ga-*
[to" . . .

En la siniestra mano dos llaves alza
el portero del cielo: la llave grande
y otra con que ha de abrirles la puerta
[falsa
a los hijos del pueblo que el mar le man-
[de.

Y como va a la pesca, por cumplimiento,
ya que salir sin redes fuera desdoro,
entre sus sacras manos columpia el viento
una malla luciente de plata y oro.
Y así, sobre diez mozos de buena traza,
desfila por el claro que el pueblo le abre,
sin temer que el mal tiempo, que ya ame-
[naza,
como apaga las velas, lo descalabre.

¿Qué ha pasado? . . . Se pára todo el corte-
[jo
y, aplaudiendo, la gente se arremolina:
es que *El Teclé* se avanza, fletero viejo,
a saludar al Santo por la Marina.
Lleva su saco al hombro y a la cintura
una faja encendida, bien apretada,

y entre la barba cana y la tez oscura
una nariz de fuego, como granada.
Entre aspavientos grandes mil cosas dice,
y cuando su entusiasmo raya en extremos,
termina épicamente: "¡Patrón, avise
cuando requiera un bote con cuatro re-
[mos!"
Dice ¡El Teclé, y se cuadra, mientras el
[Santo,
sin mirarle siquiera, de largo pasa,
y entre nubes de flores, incienso y canto,
por el muelle se cuele, como en su casa. . .

EN EL MAR

Volador que te encumbras de cuando en
[cuando
y de tu fuego efímero haces derroche,
ve a decir a las nubes que van pasando
que contengan sus aguas hasta la noche;
y si te sobran fuerzas, al sol te arrimas,
y si no va de prisa ni está de siesta,
dile que nos responda si desde encima
ha alumbrado otra fiesta como esta fiesta.
Si ha mirado otra barca más imponente
que ésta que ya, entre flores, al Santo en-
[cierra,

desde las caletillas de San Vicente
hasta los Liverpules de la Inglaterra. . .
Todo en el mar es fiesta, todo clamores,
todo música, trajes, mozas, galanes,
disparos y banderas y voladores
y adornos de copihues con arrayanos.
Y desde la ribera mira la gente
cómo por la verdosa mar se adelanta,
rauda sobre las olas, como serpiente,
rumbo a la sacra pesca, la escuadra san-

[ta. . .
¡Qué sucesión de barcos! ¡Qué linda flotal
¿Quién que la ve no piensa que se enca-
[mina

a conquistar alguna región remota
o a repoblar las lomas de Quiriquina? . . .
Que allí van los de Túmbez y los ¡Penco-
[nes,
y los que en Mares Altas tienen sus lares;
todo lo que hay de lobos y tiburones
y hombres de pelo en pecho sobre los ma-
[res.

Nadie falta ni teme la mar inquieta,
ni el temporal advierte que se avecina,
desde el ricacho orondo, que va en goleta,
hasta la Rosa Coja, que vio la *Ruina*.
Cantan en cada barco. Triunfan las jarras,
roncas están las voces, pero no secas,
y hasta las ventolinas tocan guitarras
para que dance el agua sus zamacuecas. . .
"¡Viva el señor San Pedro! —chilla una
[moza,

mientras las olas zumban su sinfonía—
si él no fuera tan viejo, fuera otra cosa...
pero si ya no baila no es culpa mía”.

“¡Ay! —una voz se queja. ¡Me están mo-
gritan las mares hondas de puro frío,
cada vez que las riegan de cuando en
[cuando

con el agua bendita del Santo mío! ...

Y entre el bullicio alegre y el clamoreo
que hacen bailar adentro los corazones,
crece de las chalupas el balanceo,
bajan repiqueteando los goterones;
y antes de que lo advierta la turba, brilla
un resplandor y, luego, retumba un trueno
que hace crujir los barcos hasta la quilla
y redoblando corre de seno en seno...

¡Vira! ... grita el piloto que lleva al Santo
bajo el chubasco loco, mientras la gente,
vuelta la capa de oro, casulla o manto,
corre, buscando asilo, bajo del puente.

¡Vira! ... ¡Malhaya el agua! ¡Malhaya el
que hacen bailar la flota como un pinga-
[viento
]o,

y entre los mil visajes del mareamiento
tienen ya a medio mundo cabeza abajo! ...
Y ¡ay del Señor San Pedro si en la virada
sobre su peana frágil no se sostiene! ...
quiera la Virgen Santa no pase nada
porque se acaba el mundo si el agua vie-

[ne...
]Qué confusión, Dios mío! ¡Qué escapa-
[dero! ...

como cuando en cardumen van las sardinas
y hallan en su camino furel guerrero
y huyen, haciendo aletas de sus espinas;
como cuando los cuervos van en bandadas
sobre las olas verdes y suena un tiro,
y entre aletazos locos y carcajadas
vuelven en su camino, como un suspiro;
como cuando un rebaño de ovejas locas
entre nubes de polvo se escapa al cerro,
y atropellando arbustos, saltando rocas
vuelve todo azorado, porque vio al pe-
[rro...]

Nunca se vio regata más concurrida;
trueno en popa las barcas navegan solas...
pero ... ¿qué grito es ese que entre la hui-
[da,

¿Qué es lo que se fue al agua del barco
[santo

que en torbellino blanco salta la espuma
y hace que se persignen, llenos de espanto,
viejas y remadores entre la bruma?

¡Santos del calendario! ¿Qué es lo que
[pasa

que en sus embarcaciones se han desmaya-
[do

Rosa la Paticoja, la Nicolasa,
cuatro seminaristas y un prebendado? ...
¡Olas de la mar honda que vais rodando,
vientos y lluvias locas que junio fragua
id a avisar al pueblo que está esperando,
que es su señor San Pedro quien se fue al
[agua! ...

¡que eso que con anteojos y catalejos
los de la playa buscan en la neblina,
es el mayor desastre que vieran viejos
desde las guerras luengas hasta la Ruina!

.....
Pero, también decidles (bajando el tono)
al campanero ciego del campanario,
a la mujer que llora por su Patrono
y a la que junto al fuego reza el rosario,
que, según ya se sabe, cuatro fleteros
viejos y de palabras como ellas solas,
vieron correr al Santo, con pies ligeros,
rumbo a las mares altas, sobre las olas...
Y que también se cree —si no es seguro—
que el desmayo de aquéllas... no era des-
[mayo.

sino aquello que nombran vinito puro
de las cosechas nuevas de abril a mayo...

EPILOGO

¡Llueve! ¡Llueve! La noche lo cubre to-
[to...]

Ruge la mar de junio como una fiera
y es cada calle un río de lluvia y lodo,
y el retumbar del trueno ya desespera.
¡Llora! San Pedro ¡llora! ... No hay un
[cristiano

que alrededor del fuego no se caliente;
pasa el mate quemante de mano en mano,
baja por las gargantas el aguardiente;
y hasta en los camarotes de algún navío
gozan, su pipa el viejo, su ron el mozo;
sólo el señor San Pedro tiembla de frío
en lo más escondido del mar furioso...
Solo, mirando al cielo, con sus dos llaves,
bajo las aguas verdes y cristalinas
mira cómo lo estudian los ojos graves,
turnios y dislocados de las corvinas.

Siente, sin inmutarse (de yeso al cabo),
que un consistorio entero de jaibas mozas
miden su santo cuerpo de cabo a rabo
con sus garfiadas patas irrespetuosas...
¿Es un azar de tantos o es un castigo? ...
¡Vieja que estás rezando, dobla tus preces,
que hace ya veinte siglos tu pobre amigo
al Salvador del Mundo negó tres ve-
[ces! ...